

La fiesta de los monstruos

LUIS F. ESCALONA

Era la víspera del año nuevo y aquella noche fría, las calles estaban desiertas. Tres sombras aparecieron de pronto, deteniéndose en el lugar de siempre: El Bar de los Monstruos.

Cuando entraron, sólo las luces de neón en la barra y los reflectores del escenario alumbraban el lugar. Las mesas estaban vacías. Algunos espectros solitarios bebían en la barra, donde un monstruo gelatinoso servía los tragos. Más allá, hermosas calaveritas limpiaban las mesas.

En el escenario, un grupo de fantasmas tocaba un ligero jazz al estilo Nueva Orleans. Los recién llegados se sentaron cerca de ahí. El vampiro se sentó en medio de sus compañeros. Llevaba su traje negro de siempre con holanes en la camisa. Su cabello estaba perfectamente peinado hacia atrás y su capa le daba un aspecto elegante.

A su izquierda, estaba la momia, siempre envuelta en sí misma y cuidando que ninguno de sus vendajes estuviera fuera de lugar. El otro, era el monstruo de la laguna, verde y con aspecto de piraña, acomodando los lirios que colgaban de sus brazos.

Una coqueta calavera les tomó la orden: el vampiro, coctel de sangría; la momia, licor egipcio y el monstruo; ponche acuático, hecho con algas y ginebra.

Minutos más tarde, la mesera regresó con los tragos en una charola y se alejó moviendo sus huesudas caderas. Cuando los tres tuvieron sus bebidas, levantaron en alto los vasos para brindar.

–Bueno –dijo el vampiro –otro año que se va.

–Espero que la situación mejore en el siguiente –dijo la momia.

–¿Tu crees? –preguntó el monstruo –¿Con los políticos actuales?

–No seas tan pesimista –dijo la momia.

–Es que tiene razón –intervino el vampiro –Ya no asustamos a nadie. Hemos... pasado de moda.

–Nos miran como una caricatura y a veces hasta damos risa –dijo el monstruo.

–Sí –afirmó el vampiro –La verdad es que estoy considerando el retiro.

–Pero si no espantamos nosotros a la gente –inquirió la momia ¿Quién lo hará?

–Momia querida –dijo el vampiro –Tienes que leer los periódicos.

–Con mis vendajes, a penas y veo por dónde camino.

Los tres rieron y levantaron sus vasos para brindar nuevamente.

–Pues sí –dijo el monstruo –Ahora la gente está más ocupada en otras cosas: secuestros, asaltos, guerras...

–Pero, ¿es que el sindicato ya no nos apoya!

–No momia –concluyó el vampiro –Acéptalo: he-mos pasado de moda.

Y entonces, se quedaron cabizbajos escuchando al grupo musical. Tal vez un poco de jazz levantaría sus ánimos. Sin darse cuenta, el vampiro estaba llevando el ritmo con sus pálidos dedos. El monstruo volteó al escenario y vio a los integrantes.

El pianista, era un virtuoso fantasma, envuelto en una sábana blanca que le daba vida, con un sombrero tipo gángster y un cigarrillo colgando de sus labios sin forma. Un zombie, de esos que llegan tarde a la repartición de tumbas, era el cantante, quien estaba vestido con un fino smoking oscuro y cuya voz tenía un tono rasposo que le daba cierto “feeling” a la melodía. El trompetista, un delgado y alto fantasma que llevaba gafas oscuras, interpretaba sus solos correspondientes y se sonría con los demás. Al fondo, unas manos cubiertas con guantes blancos movían las baquetas sin parar.

–Ese baterista toca muy bien –dijo el monstruo.

–¿Cuál baterista? Yo no veo a nadie –objetó la momia.

–Es el hombre invisible, ¿no ves? –preguntó el vampiro.

–¡Ah! ¡Estos vendajes!

Al final, cuando el reloj marcó las doce, los monstruos se dieron su abrazo y mejores hechizos para el año. Entonces, el grupo de jazz comenzó a interpretar una vieja melodía: What a wonderful world.

Los monstruos se sentaron otra vez, limitándose a escuchar. Aquella noche, sus rostros cansados estaban pintados por la nostalgia. Veían con tristeza el mundo moderno: un lugar que ya no era para ellos. 🍷